

EL AVARO

PERSONAJES:

HARPAGÓN, padre de Cleanto y de Elisa, enamorado de Mariana. ANSELMO, padre de Valerio y de Mariana. CLEANTO, hijo de Harpagón, amante de Mariana. ELISA, hija de Harpagón. VALERIO, hijo de Anselmo y amante de Elisa. MARIANA, hija de Anselmo. FROSINA, mujer de intriga. MAESE SIMÓN, corredor. MAESE JAIME, cocinero y cochero de Harpagón. FLECHA, criado de Cleanto. CLAUDIA, sirvienta de Harpagón. PAJUELA, lacayo de Harpagón. MERLUZA, lacayo de Harpagón. UN COMISARIO.

Escena en París, en casa de Harpagón.

ACTO PRIMERO

ESCENA I.

Valerio, Elisa.

VAL. — ¡Cómo, encantadora Elisa, os podéis melancólica, después de las amables seguridades que habéis tenido la bondad de darme sobre vuestra fe! ¡Os veo suspirar tñy! en medio de mi alegría! ¡Es que os pesa, decidme, haberme hecho feliz! ¡os arrepentís de este compromiso, al que os ha constreñido mi pasión!

ELISA. — No, Valerio, yo no puedo arrepentirme de todo lo que hago por vos: me siento arrastrada a ello por un poder demasiado dulce; y ni siquiera tengo la fuerza de desear que las cosas no ocurran. Pero, si os he de ser franca, no estoy tranquila; temo amaros un poco más de lo que debiera.

VAL. — ¡Eh! ¡qué podéis temer, Elisa, en las bondades que para mí tenéis!

ELISA. — ¡Ay! cien cosas a la vez: la cólera de un padre, los reproches de una familia, las censuras de la gente; pero, más que todo, Valerio, las mudanzas de vuestro corazón, y esa frialdad criminal con que los de vuestro sexo pagan muy a menudo los testimonios demasiado ardientes de un inocente amor.

VAL. — ¡Ah! no cometáis conmigo la injusticia de juzgarme por los otros: sospechadme de todo, Elisa, antes que de faltar a lo que os debo. Os amo demasiado para eso; y mi amor por vos durará tanto como mi vida.

ELISA. — ¡Ah, Valerio! Todos dicen lo mismo. Todos los hombres se asemejan en las palabras, y sólo las acciones los descubren diferentes.

VAL. — Puesto que únicamente las acciones muestran lo que somos, esperad, pues, al menos, a juzgar mi corazón por ellas; y no me busquéis crímenes en los injustos temores de una ingrata previsión. No me asesinéis, por favor, con los sensibles golpes de una ultrajante sospecha; y dadme el tiempo de convenceros, con mil y mil pruebas, de la honradez de mi pasión.

ELISA. — ¡Ay, con qué facilidad se deja una persuadir por las personas amadas! Sí, Valerio, considero a vuestro corazón incapaz de engañarme. Creo que me amáis con verdadero amor, y que me seréis fiel: de ningún modo lo quiero dudar, y limito mi pesar a las aprensiones de la condena-ción que podrá caer sobre mí.

VAL. — ¡Pero, por qué esta inquietud?

ELISA. — No tendría yo nada que temer si todo el mundo os viese con los ojos con que os veo yo; encuentro en vuestra persona razones para las cosas que hago por vos. Mi corazón, para su defensa, tiene todo vuestro mérito, apoyado con el socorro de un reconocimiento que el cielo me compromete a guardaros. Me represento, a cada instante, ese peligro espantoso que nos puso frente a frente por vez primera, esa generosidad admirable que os hizo arriesgar vuestra vida para arrebatarme la mía al furor de las olas; esos cuidados llenos de ternura que me demostrasteis después